



**El Séptimo punto
de Selleck**

Myriam Imedio

El Séptimo punto de Selleck

Myriam Imedio

© 2015, Myriam Imedio

Diseño de la cubierta: Myriam Imedio

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de la titular del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

*A mis padres, gracias.
A mi tío, mi luz, te siento cerca.
A todos los que se van sin decir adiós.*

«No hay ningún final real. Solo hay un punto en el que
dejas de contar tu historia».

Frank Herbert

1

Buda me sigue a todas partes. Intuye que ocurre algo porque tamborileo los dedos sobre la mesa y no escucha el sonido incesante de las teclas del ordenador. Me levanto ociosa. Retiro la cortina y miro a través de la ventana. Observo al señor Ellenbogen en bermudas rojas. El pobre intenta gobernar con la mirada el viento herético que se ha levantado de la nada. Estudia las nubes fugaces y enemistadas, para luego bajar la vista y analizar su jardín como si fuera un zahorí buscando un tesoro. No sé por qué, pero en este barrio pudiente las malas hierbas se clavan como anzuelos afilados. Creo que siguen a rajatabla el dogma «muéstrame tu jardín y te diré quién eres». Si eso es así, en la urbanización pija de Cradle Valley todos somos una panda de amables manipuladores. Pequeños intérpretes con grandes casas y muchas ganas de aparentar una excelencia que en ocasiones no existe.

Vuelvo a la mesa redonda de cristal opaco y Buda lo hace conmigo. Soy una estrella errátil a la que le gusta perseguir. La hoja en blanco que he inaugurado hace una eternidad sigue impoluta. Desvió la mirada hacia mis amuletos, que me escoltan inmóviles. Un precioso barco hecho de latas y alambres, que me regaló un viejo amigo. Una cajita de mi abuela, a la que nunca conocí. Y una bola llena de agua, de esas que aparece nieve si te apetece ver nevar, con la torre Eiffel como protagonista.

Los escritores nos refugiamos en manías dignas de estudio. Pienso que si me rodeo de mis objetos fetiche el ejercicio literario se dilatará horas, pero no es verdad. Es solo una ilusión, como otras tantas.

Buda me examina sin parpadear. Parece una figura de escayola. Si pudiera hablar me diría que soy patética. No le

falta razón. Se decide y acerca su cabezón peludo a mi mano dándome unos golpecitos alentadores.

—Sí, sí. ¡Ya lo abro! —le digo, porque me entiende. Buda lo entiende todo.

Nadie lo sabe, pero en mi caso, el invierno nunca llega solo. Cuando la última estación gira la esquina recibo un sobre sin remitente. En realidad, más que un sobre es una ola en la que te sumerges o te arrastra hasta la orilla medio ahogada.

Rasgo el maldito sobre y asomo la cabeza dentro con la misma sutilidad con la que se abre una mirilla. Hay otro en el interior, blanco y de menor tamaño. *United Arab Emirates*, leo en la parte izquierda del sello. Igual que el año pasado y el anterior. El remitente también se ha escrito con tinta invisible, pero reconozco la letra alargada e inclinada que dibuja mi nombre y sonrío tontamente. Lo abro haciendo un destrozo incontrolable y extraigo un par de folios. Enmudezco durante largos segundos. Entre mis manos sostengo la partitura de la canción *Una Mattina*, del compositor y pianista Ludovico Einaudi. Oh, Dios mío. Empieza el protocolo de desorientación.

Me siento mareada, como si me faltara la dosis de aire que necesito para funcionar. Una lágrima se me atraganta y siento que mi corazón traquetea rápido. Me acabo de subir a un tren en marcha, sin billete ni calentamiento previo.

Con paso tambaleante me dirijo a la cocina y lleno un vaso de agua que desbordo porque he perdido la noción de la medida. Me lo bebo de un trago y respiro hondo. Mientras, Buda juega entre mis piernas y mira hacia arriba para que le confirme que no voy a sufrir un ataque repentino. Como lo salvé de una muerte segura se ha convertido en mi paladín.

—¡Vera! ¡Vera! Mira lo que he encontrado —vociferó mi amiga Feli. Sobresaltada me levanté del balancín que tengo en el porche y me acerqué a los escalones.

—Es un gato —dije extrañada.

—Muy observadora. Sí, un gato que estaba en el cruce de los Weil, junto a la basura. Toma, es para ti —afirmó y lo

dejó entre mis brazos.

—¿Para mí? No, se habrá escapado. Tenemos que buscar al dueño.

—No tiene dueño. Es una pena pero está abandonado. ¿Tú también lo vas a dejar solo? ¿En serio? Qué lástima... Tiene los ojitos sucios y está asustado, desorientado, hambriento.

—Vale, Feli, para. ¿Cómo van a abandonar a un cachorro así? Es persa. Y una monada.

—A lo mejor han descubierto que el animalito no es de pura raza —explicó—. A mi marido me lo vendieron como un doberman y resultó ser un *mil leches*.

—¿Por eso lo pusiste de patitas en la calle?

—Sabes que no. Le invité a salir del hogar conyugal porque se montaba a otras perritas del vecindario... Además, nena, aquí todo lo que se tira es de marca. Se habrá hecho pis sobre un vestido de seda de Hangzhou y han decidido que no lo quieren. ¡Ah! Se llama Buda.

—¿Buda? ¿Por qué?

—Porque tiene cara de Buda. Se me ha ocurrido por el camino y es un buen nombre.

—No puedo quedármelo. Mi hija tiene alergia a los gatos.

—Tu hija voló del nido. Mira, Vera, cuando la niña venga lo encierras en el desván, no te lo tendrá en cuenta.

—Da igual, no me lo puedo quedar.

—¿Por qué no? ¡Si te gustan mucho los gatos! —atacó sin entender mi negativa.

—También me gustan los yates y no tengo uno en el jardín.

—Porque no quieres. Podrías plantarlo como unas petunias. Crearías tendencia. Me voy que tengo que hacer unos recados.

Dio media vuelta y bajó los tres escalones que separan el porche del jardín.

—¿No lo habrás comprado en Pet Shop Aston?

—¡No! —gritó sin girarse—. Yo no compro animales, solo joyas.

—Tú nunca llevas joyas. Mentirosa.

Afirmó algo en un bisbiseo y desapareció en su carrito de golf.

Felicity Ackins es la mejor amiga que podía encontrar en Glendale, Los Ángeles, donde vivo desde hace diez años. Es menuda, desprende un aire de hechicera condescendiente y cuando anda escora hacia el lado derecho porque de pequeña sufrió poliomielitis. La primera vez que pronuncié la palabra «cojita» en su presencia me miró como si hubiera blasfemado su buena estampa en el Edel W. Mart, donde se cuecen los cotilleos del Valle. Dice que los diminutivos menosprecian a las personas y su intelecto. Quizás sea verdad. Está coja y punto.

Sigo de pie en la cocina, asida al fregadero, y no sé si estampar el vaso vacío contra el suelo o llenarlo de whisky. ¿Por qué me sigue enviando sobres con partituras? Me muerdo el pulgar. Debería llamar a Feli y contárselo. Pero me haría demasiadas preguntas y no sé si tengo todas las respuestas. No sé si me apetece hablar de este tema.

—Buda, vamos al desván.

El desván es la guarida perfecta para encerrar al gato si viene mi hija y para desconectar cuando atravieso una crisis. La mejor tienda de antigüedades y segundas oportunidades.

Nunca imaginé residir en una casa tan amplia, con desván y jardín de película americana, pero lo cierto es que me alegra saber que tengo espacio suficiente para guardar mi vida anterior y alejarme de la actual en caso de que me apetezca. En Valencia, mi tierra natal, el desván era la última habitación, de unos diez metros cuadrados. Y el jardín, las palmeras esmirriadas de la avenida. A veces echo de menos el caos que genera el tráfico y la banda sonora de las prisas. En esta urbanización todo funciona con una tranquilidad encubierta a la que no acabo de acostumbrarme.

Medio sonámbula subo las escaleras que conducen al desván. No escucho a Buda porque ha perdido el cascabel, pero sé que sus movimientos sigilosos me acechan. Una penumbra magnética me da la bienvenida. La habitación

rezuma nostalgias y el aire condensa un poso de paz que necesito para calmar mi taquicardia. Hay muebles que imitan a fantasmas. Veo a la derecha un par de bicicletas que nadie saca a pasear. Sigo andando y diviso la vieja máquina de cortar el césped, no funciona, pero mi marido se empeñó en guardarla como una reliquia. Hay cajas de cartón, de plástico duro, muchas cajas con ansias de resucitar.

El sobre vibra en mis pensamientos. *Una Mattina. Una Mattina...*

Llego hasta el fondo y decido escudriñar la parte izquierda. Hay una pelota azul de pilates sobre un banco de abdominales que no utilizo. Detrás observo cuatro cajas de distinto tamaño, que forman una torre de dudosa estabilidad. Cojo la primera, creo que la llené de aire porque no pesa nada. La abro y encuentro una colección de sombreros de caballero, un muestrario de vainicas y madejas de hilo *mouliné*. Se me ha encogido el alma. Me pongo el primer sombrero y hundo los dedos en los hilos de colores.

La segunda caja es mucho más pesada. Aquí debí de meter piedras. Despego el precinto y me quedo boquiabierta. Lo que acabo de descubrir sí que es una reliquia. Cojo un vídeo de la marca SANYO, que examino arriba y abajo. Antes era un avance maravilloso, pero ahora me parece un trasto enorme. Escarbo en la caja y veo que hay más de treinta cintas, todas negras. Algunas llevan una pegatina pero el tiempo ha borrado las letras que informaban de su contenido. Arrastro la caja haciendo quiebros entre el mobiliario y las partículas de polvo que vuelan a mi alrededor. Ya sé cómo voy a distraerme.

Buda se ha metido en la caja y yo llevo media hora intentando averiguar el funcionamiento de un jodido vídeo de antaño. Estoy rodeada de cables y conectores que no sé dónde encajar. Pruebo combinaciones posibles e imposibles. Seguramente la televisión explote y la depresión se volverá más profunda porque tendré una partitura de piano que me remueve el estómago, un documento en blanco y una tele que no arranca.

Estoy desesperada. Falta el cable mágico porque ya he rebasado los sesenta minutos y lo único que se mueve es el aire. Resoplo. Miro hacia la mesa. El sobre blanco sigue ahí, recordándome lo cobarde que soy. Voy a por mi duodécimo intento y la pantalla cambia de color. Significa que he pasado de nivel y me pongo tan eufórica que doy saltitos delante de la televisión. Soy la misma estampa de una persona desequilibrada: descalza, en *shorts* vaqueros, con un sombrero de caballero en la cabeza, rodeada de cables y un gato metido en una caja.

Me siento en el suelo y alargo el brazo para alcanzar una cinta de vídeo al azar, que no tardo ni medio segundo en introducir en la ranura, por si los dioses se vuelven contra mí y la chispa de suerte desaparece.

Observo atenta el misterio que guarda la cinta. Pienso verlas todas, cualquier entretenimiento menos pensar. Es un avance informativo. El telediario es tan antiguo como el vídeo porque el peinado y el vestuario de la presentadora es el claro sinónimo de otro tiempo. Habla de un atraco en un par de joyerías del centro de Valencia. Después la periodista narra la noticia de un colegio: se ha hundido un aula pero no hay víctimas mortales. ¿Para qué grabaría esto?

Pasan los minutos y mi intriga va en aumento. Hasta que de repente escucho un nombre propio que me eriza el vello, y aparece una imagen que me arrebatada de una bofetada la respiración. Me llevo las manos a la boca. Me resulta imposible separar la mirada de esos ojos que me buscan desde el otro lado de la gran pantalla de plasma. ¡Oh, Dios mío! Es lo único que consigo murmurar como vaho entre mis manos. No puedo digerir lo que estoy viendo, solo siento que sobrevuelo un puente construido de añoranzas.

Algunas imágenes abren puertas que te conducen al pasado, y ni siquiera importa lo idílico que parezca tu presente.

2

Detroit, 1 de septiembre de 2007

Eran casi las dos de la madrugada cuando los aullidos lejanos de un perro se mezclaron con el sosiego de la noche dormida. Cyntia maldijo el instante en que decidió acostarse tan pronto. Pensaba que así las horas avanzarían con presteza, pero se equivocaba. No había conseguido un sueño reconfortante, sino impulsos contenidos y una antología de recuerdos en cuentagotas que martilleaban su frente. Se movía entre las sábanas imitando a un animal salvaje enjaulado contra su voluntad.

Cyntia Robles apoyó el peso de su torso sobre los codos y siguió los quejidos del can. Eran aullidos entrecortados que finalizaban con un aullido prolongado en el espacio. Una serie de notas repetitivas con sorpresa final.

Su abuela siempre le había relatado, en forma de leyenda con tintes macabros, que cuando un perro gañía de esa guisa significaba que la muerte se acercaba al galope para llevarse un alma de este mundo. Al recordar sus palabras se alarmó y de inmediato pensó en la señora Rose. Aplicando una lógica aplastante tenía que ser ella, la más anciana del edificio. Pero rápidamente descartó la idea. Rose los enterraría a todos. La muerte no cabalgaba hacia la nonagenaria del cuarto, buscaba a la joven del segundo. Cyntia sintió que moría, de pena.

Apenas faltaban unas horas para cambiar de escenario. Para volver al decorado exiguo, con los mismos personajes ausentes interpretando su guión memorizado. Vuelta al disimulo y a las miradas de reojo. Solo faltaban unas horas para subir a un avión que la llevaría muy lejos de aquella

casa; para dejar atrás un mes de agosto repleto de experiencias que jamás hubiera vivido sin la ayuda de la familia Selleck.

«Mañana dormiré en mi cama», pensó con amargura al contemplar la maleta tendida en el suelo de la habitación. Le costaba asimilar que un mes hubiera volado de una forma tan fugaz. No podía creer que los buenos momentos pasaran así de rápido, mientras los malos se instalaban de manera indefinida.

La cuenta atrás se había activado y no sentía la tranquilidad que esperaba. Sabía que si no se levantaba de inmediato, las dudas la perseguirían eternamente y eso era mucho tiempo para una chica que aún no había cumplido los dieciocho.

Se sentó en el borde de la cama y observó sus pies descalzos. Fue siguiendo una línea ascendente: las piernas finas y tensas como las cuerdas de una guitarra, unas braguitas negras de algodón, su pecho menudo bajo la camiseta de tirantes. Miró al frente, respiró profundo y se levantó en medio de la penumbra quebrada por el reflejo de la luna. Abrió la puerta con máximo celo para evitar cualquier ruido intruso. Los aullidos del perro se habían extinguido y el silencio era penetrante, asustaba.

Avanzó por el pasillo de puntillas, como un ladrón en prácticas. Cuando pasó ante la puerta del cuarto de baño, se paró, dudó, dio media vuelta y retrocedió sobre sus pasos. «¡Maldita sea!», masculló y giró de nuevo. Se encaminó hacia la última habitación, su primer destino. «Tengo que hacerlo», murmuró media docena de veces. Podía pasar de puntillas por el pasillo, pero no por la vida de Larry.

La puerta estaba abierta. Se asomó y vio su cuerpo medio desnudo. El aire de un ventilador era el único sonido cansino que acompañaba los latidos de Cyntia. Se adentró en la habitación y cerró la puerta con mucha delicadeza. Con cautela se acercó a la cama situada a ras de la ventana, abierta de par en par. Se sentía nerviosa y acelerada, como si se estuviera aproximando al borde de un precipicio en un coche sin frenos.

Miró a Larry, que dormía en posición fetal abrazado al almohadón. Se mordió el labio inferior mientras admiraba ese perfil prodigioso, sus labios entreabiertos, su pelo dorado alborotado como de costumbre. La imagen la acabó de convencer.

—Larry, despierta —dijo, y tocó su brazo.

Selleck ni se inmutó. Los susurros sirven para confesar secretos, medias verdades o para desatar la sensualidad escondida. Pero no para desvelar sueños profundos.

—¡Larry, despierta! —repitió, alzando la voz.

El joven se asustó, abrió los ojos y se incorporó en la cama totalmente desorientado. El violento despertar también asustó a Cyntia y retrocedió unos centímetros.

—¿Qué haces aquí? —protestó. La observó atónito. Miró hacia la mesilla—. ¡Son las dos y cinco de la madrugada!

—Calla, no grites, que vas a despertar a tus padres. Habla bajito, como yo —susurró.

—¿Te pasa algo?

—Sí... ¡Tú!

—¿Qué dices? —Larry se acomodó sobre el cabezal. Sus hombros lucían relajados y sus abdominales marcados.

—Mañana me voy.

—Ya lo sé.

—¿Y te da igual?

—No. Te voy a echar muchísimo de menos. ¿A qué viene esto?

La mirada de Cyntia se convirtió en la antesala de las lágrimas, un gesto que alertó a Larry, porque ella nunca lloraba, nunca. Ni siquiera de niña, cuando las luces se apagaban y establecía un sincero diálogo con las sombras. O cuando se estampaba contra un árbol dibujando heridas de guerra en su piel. Cyntia Robles era un corcho que jamás se hundía, un salvavidas que sacaba a la superficie a aquel que agonizaba con los pulmones encharcados de agua, de temores o de nostalgias.

Sin pensarlo trepó sobre las piernas estiradas de Larry y sus rodillas encajaron la cintura del chico, apresado por el

desconcierto. Apenas veinte centímetros separaban sus rostros y cada vez se veían y se sentían más lejos.

—Oye, no pienso cargar con la incertidumbre del qué hubiera pasado. No volveré a España con un sentimiento de frustración. Puedo irme triste, pero no contrariada.

—No llores, por favor —suplicó—. Cyntia, como mis padres se despierten me echarán de casa y por mi culpa no traerán a más estudiantes.

—Eso me encantaría. La idea de que otra duerma en mi habitación me está volviendo loca.

—No es tu habitación.

—Sí lo es, hasta mañana por la tarde lo es. —Las manos de Cyntia abrazaron el cuello de Larry—. Escúchame, quiero hacer el amor contigo, ahora. No voy a encontrar una persona mejor que tú para hacerlo por primera vez. Lo siento aquí —dijo, y señaló su estómago—. Me gustas desde que te vi en la cocina y te di dos besos. Me ruboricé tanto que aún siento el hormigueo.

Los labios de Selleck permanecían sellados. La inesperada declaración lo había dejado fuera de juego y no acertaba a distinguir en qué parte del campo jugaba. Si no fuera porque sentía el peso de la joven sobre sus caderas, hubiera jurado que ese era uno de los mejores sueños que había tenido en los últimos años.

—Llevo esperando un mes que me digas algo, que me beses sin más. ¿Qué he hecho mal? ¿No te gusto? —preguntó como una niña apenada.

La frente de Larry se arrugó en señal de escepticismo, la cogió de la cintura y la atrajo hacia él con devoción. Escondió la cabeza en su pecho y cogió aire en una gran inspiración, hasta que sus pulmones se llenaron de decisión y del aroma a azúcar vainillada que desprendía Cyntia.

—Claro que me gustas, me gustas muchísimo —murmuró.

—¿Y por qué no haces nada? —Levantó con su dedo índice el mentón del chico.

—Porque tengo que ser responsable y porque mañana te vas.